

REVOLUCIÓN VERDE Y COOPERATIVISMO EN EL SALVADOR

Una historia de intercambios, innovación y reivindicación social
(décadas de 1950 y 1960)

Diana Alejandra Méndez Rojas

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM

El maíz es un grano crucial en la vida centroamericana. Sea por su aprecio cultural y culinario o por su valor industrial y pecuario, el anclaje del maíz en el istmo define las perspectivas identitarias, nutricionales y económicas de sus moradores. En tal sentido, es importante conocer los lineamientos que han guiado la investigación sobre el maíz, cuyo legado responde a un afán por abastecerse de él y diversificar sus usos. ¿Quiénes han sido los actores involucrados en este proceso?, ¿qué intereses los han impulsado?, ¿cuál ha sido la relación entre el cultivo del maíz y el avance de la revolución verde en Centroamérica?

Para brindar algunas respuestas, este artículo da cuenta de la apropiación y el arraigo de la revolución verde en El Salvador, lo que ocurrió gracias a la movilización católica, campesina y cooperativista en la región durante las décadas de 1950 y 1960. La revolución verde en este país tuvo una expresión particular, pues sirvió a ciertos proyectos de reivindicación social, lo que la distingue de otros casos en los que las dimensiones burocrática, institucional y empresarial tuvieron mayor peso.

La definición del concepto de “revolución verde” está a debate tanto por su periodización como por sus elementos constitutivos; no obstante, en este artículo el término debe entenderse como un horizonte de innovación agrícola que se cimentó en el desarrollo de semillas híbridas e incrementó el uso de fertilizantes y maquinaria con la meta de aumentar la productividad y transformar las prácticas agronómicas.¹ Al igual que toda revolución

¹ Wilson Picado Umaña, “Revolución Verde (Tercer Mundo, 1941-2020)”, en Alejandra

contemporánea, la verde se desarrolló en el cruce y la reinención de fronteras, entre ellas las del conocimiento, pues hubo una franca intención por convertirla en un modelo estandarizado de modernización.² Se trata, entonces, de una historia vinculada a los usos del suelo, la tierra de cultivo y el maíz, asumiendo este como una fuerza productiva, cultural y civilizatoria,³ resultado del moldeado de las sociedades contemporáneas.

A la fecha no hay estudios amplios sobre los derroteros de la revolución verde en El Salvador;⁴ sin embargo, las propuestas de este artículo se han beneficiado de las aportaciones de autores que han reflexionado sobre el curso de este proceso en América Latina, más precisamente de aquellos que han hecho hincapié en el peso de los contactos y los intercambios transnacionales para identificar cruces y correlatos entre procesos locales, regionales, continentales y globales. Al respecto, resaltan los trabajos de Wilson Picado Umaña, Netzahualcóyotl Gutiérrez Núñez, Gabriela Soto Laveaga, Timothy W. Lorek y Viridiana Hernández Fernández.⁵

El escrito se divide en tres partes. La primera presenta el contexto general salvadoreño que permitió la organización y la colaboración de religiosos,

Salomón y José Muzlera (eds.), *Diccionario del agro iberoamericano*, Buenos Aires, José Muzlera, 2021, p. 917.

² Diana Alejandra Méndez Rojas, “Modernizar la agricultura, movilizar las ideas: Trayectorias de los becarios en Ciencias Agrícolas de la Fundación Rockefeller en México, 1940-1980”, tesis inédita del doctorado en Historia, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2022.

³ Fleur Gouttefanjat, “El maíz como fuerza productiva civilizatoria: Ecología y comunidad en Mesoamérica”, *Pacha: Revista de estudios contemporáneos del Sur Global*, vol. 1, núm. 3, 2020.

⁴ Entre los trabajos existentes destaca el de Eduardo R. Quiroga, quien documenta la introducción de innovaciones tecnológicas de la revolución verde en el Distrito de Riego Zapotitán. Eduardo R. Quiroga, “La Revolución Verde en el contexto institucional de Latinoamérica: Un caso de estudio en El Salvador”, *NS NorthSouth*, vol. 6, núm. 12, 1981.

⁵ Wilson Picado Umaña, “Conexiones de la Revolución Verde. Estado y cambio tecnológico en la agricultura de Costa Rica durante el periodo 1940-1980”, tesis inédita de doctorado, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2012; Gabriela Soto Laveaga, “Beyond Bourlaug’s Shadow: Octavio Paz, Indian Farmers, and the Challenge of Narrating the Green Revolution”, *Agricultural History*, vol. 94, núm. 4, 2021; Timothy W. Lorek, *Making the Green Revolution: Agriculture and Conflict in Colombia*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2023; Viridiana Hernández Fernández, “Las otras revoluciones verdes: los albores de la producción aguacatera en México”, en Netzahualcóyotl Luis Gutiérrez Núñez, Diana Alejandra Méndez Rojas, José Alfredo Pureco Ornelas y Pedro Sergio Urquijo Torres (coords.), *La Revolución Verde en América Latina: Debates, perspectivas e interdisciplina*, Morelia, Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental UNAM, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (en prensa).

técnicos, campesinos y cooperativistas para dirigir procesos de innovación tecnológica en los surcos. La segunda recupera sus principales líneas de acción y su lectura de la revolución verde en el marco del Programa Cooperativo Centroamericano para el Mejoramiento del Maíz (PCCMM), y también hace un seguimiento puntual del padre José Romeo Maeda y Jesús Merino Argueta, cuyas acciones permitieron que se creara la Fundación Promotora de Cooperativas (Funprocoop). La tercera parte aborda algunos rasgos de la profesionalización de la agronomía en El Salvador como correlato del arraigo de la revolución verde, así como la construcción del perfil de experto de Merino Argueta, quien se posicionó en estos cambios.

Las fuentes documentales que brindan sustento a esta investigación provienen del Rockefeller Archive Center (Nueva York, Estados Unidos), la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson de la Universidad de Texas en Austin (Estados Unidos) y la Hemeroteca del Museo Nacional de Antropología Dr. David J. Guzmán (San Salvador, El Salvador). Asimismo, se ha consultado la base de datos Rockefeller Fellows as Heralds of Globalization (décadas de 1920 a 1970).

MARCO PRODUCTIVO Y VOCACIONES DEL MAÍZ

Pocos granos tienen una presencia tan persistente y profunda en la vida de los pueblos como el maíz. El grano, en tanto fenómeno ambiental y social, unifica el deseo humano de conducir la naturaleza con su maleabilidad y adaptabilidad. Este cereal cumple una función histórica, cultural y alimenticia, sin embargo, solo en el pasado reciente se la han apropiado los circuitos económico-monopólicos.⁶ Incorporar el maíz en las historias ambientales de América Latina resulta crucial, pues la tierra, el agua, el viento y el trabajo tienen un papel combinado en su producción y reproducción. En Mesoamérica, el espacio de su domesticación, el cultivo del maíz es soporte de la comunidad y prueba fehaciente de que la civilización descansa en el cuidado de lo *otro*, lo natural. La relación metabólica

⁶ José Alfredo Pureco Ornelas, “El maíz, de México para el mundo: Alimento, patrimonio y ese ‘oscuro objeto del deseo’”, en Enriqueta Quiroz y Helena Pradilla (coords.), *El pasado del futuro alimentario: Los alimentos ancestrales americanos*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018.

se comprueba así en todas sus determinantes: de ida y vuelta, en un intercambio de larga data que se mantiene en curso.

Las formas sociales ancladas al maíz anteceden al advenimiento de los paquetes industriales y al conocimiento agronómico especializado, pero ambas resultaron ser piezas clave para que la revolución verde se constituyera como un proceso de cambio tecnológico. Además, el discurso geopolítico le brindó soporte en la lucha contra el hambre global durante la Guerra Fría. Aunque maltrecho y asediado por intereses mercantiles, el maíz se mantiene como motivo identitario, culinario, territorial y político hasta nuestros días.⁷ A esta persistencia se suma el marcador relacional: el maíz forma comunidades y permite tejer vínculos que asumen formas culturales diversas, siempre en proceso de mutación, agregación y enriquecimiento. Si bien el maíz nativo ha sido el principal aglutinador social en la escala local, las variedades híbridas puestas al servicio de intereses comunes también han mostrado sus cualidades, por ejemplo, al fomentar la capacitación técnica de sus cultivadores y al insertar su producción en redes de comercio que pertenecen al sector que hoy se conoce como “economía social solidaria”, es decir, en circuitos que se proponen romper la lógica de reproducción del capital y apostar por la reproducción de la vida.

El Salvador, un pequeño país centroamericano, no suele ser mencionado en las grandes narrativas de la revolución verde porque, a diferencia de lo vivido en México, Colombia o Costa Rica, los efectos de este modelo en la producción corresponden a una economía dirigida a la exportación que limitó el fortalecimiento del mercado interno para los productos básicos como el maíz. Procurando revertir este enfoque, se propone que el caso del “pulgarcito” de América revela cómo en los espacios locales, contenidos territorialmente y limitados institucionalmente, se produjo tanto una innovación tecnológica como unos marcos de gestión originales que complejizan nuestro entendimiento de la revolución verde como fenómeno social.

En el ámbito económico salvadoreño, la revolución verde se inscribió en un periodo de crecimiento de 5 por ciento anual en promedio, impulsado por un proceso modernizador que se extendió desde el fin de la Segunda

⁷ Helen Anne Curry, *Endangered Maize: Industrial Agriculture and the Crisis of Extinction*, Oakland, University of California Press, 2022.

Guerra Mundial hasta el cierre de la década de 1970, que a la vez respondió al fomento del sector primario-exportador.⁸ Pese a su baja productividad, la agricultura fue el principal soporte de la economía gracias a la venta de mercancías que elevaron su precio en el mercado internacional, entre ellas el café, el plátano y el azúcar.⁹

Las principales modificaciones en el paisaje maicero constituido por la revolución verde en Centroamérica fueron el aumento en el uso de semillas híbridas y el traslado de la mayor parte del cultivo de las serranías, ocupadas por la agricultura campesina, a las tierras bajas con vocación comercial y potencial para la mecanización.¹⁰ La introducción continua de híbridos contribuyó a la erosión de la diversidad genética del cereal, como sucedió en el resto de los lugares que sustituyeron las semillas ancestrales por semillas destinadas al mercadeo.¹¹

Una mirada panorámica al momento de quiebre de este proceso en El Salvador deja ver que, a inicios del decenio de 1970, 1.5 por ciento de los propietarios agrícolas controlaba la mitad de las tierras cultivables en las fincas destinadas a los cultivos de exportación.¹² Este dato expresa la concentración de tierras que propició dinámicas de desposesión y desocupación campesina. Para 1975, 40.9 por ciento de las familias salvadoreñas no tenía la propiedad de la tierra y las que sí la poseían manejaban, por lo general, extensiones menores a cinco hectáreas, donde combinaban anualmente el cultivo del maíz y el frijol para autoconsumo,¹³ aunque complementaban

⁸ Héctor Pérez-Brignoli, *De la posguerra a la crisis (1945-1979)*, Sevilla, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993.

⁹ Rodolfo Pastor, *Historia mínima de Centroamérica*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2011.

¹⁰ Diana Alejandra Méndez Rojas, "El Programa Cooperativo Centroamericano para el Mejoramiento del Maíz: Una historia transnacional de la revolución verde desde Costa Rica y Guatemala, 1954-1963", tesis inédita de maestría, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018.

¹¹ J.A. Pureco Ornelas, *op. cit.*

¹² Luis Armando González y Luis Ernesto Romano Martínez, "Reforma agraria y cooperativismo en El Salvador: Antecedentes y perspectivas (1970-1996)", *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, núm. 68, 1999.

¹³ Francisco Joel Arriola, "Campesinos en lucha. El Salvador, 1969-1977: Estudios sobre los orígenes de la contienda política rural", tesis inédita de doctorado, Quito, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2019.

su ingreso empleándose estacionalmente en la recolección de algodón en fincas privadas que les pagaban salarios bajos.

Esta situación animó la conflictividad social y la búsqueda de soluciones como la gestión colaborativa del trabajo rural por medio de cooperativas tradicionales enfocadas en el acceso al crédito, el arrendamiento de tierras y los precios de garantía. Hacia el cierre del decenio de 1970 existían “191 cooperativas, con un total de 5899 socios fundadores”.¹⁴ De este modo, el cooperativismo en El Salvador se presentó como una opción para encarar la desigualdad en el acceso y la distribución de los recursos.

La presencia del cooperativismo agrario en El Salvador tiene un trasfondo histórico de carácter transnacional. En el ambiente del Concilio Vaticano II (1959) y de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (reunido en 1968 en Medellín, Colombia), la “opción por los pobres” propició que un sector del clero se identificara con las experiencias autogestivas de los campesinos, animándolos a ser sujetos de su historia y avivando con ello la llama del cooperativismo. Siguiendo los planteamientos de Ignacio Martín-Baró,¹⁵ la expresión de estos procesos en El Salvador mostró que solo determinadas formas de religión alimentan la alienación de los pueblos, mientras que otras pueden llegar a potenciar las luchas por su liberación y realización histórica.

El Salvador es un país de fuerte raíz católica y gran población rural, por lo que el encuentro del cooperativismo y la Iglesia tuvo un impacto significativo. La pastoral dirigida por el arzobispo de San Salvador, monseñor Luis Chávez y González, encontró en esta unión una manera de extender su influencia —un desafío fundamental en ese momento—.¹⁶ Las organizaciones cooperativas se ajustaron a estos propósitos por ser asociaciones fundadas en la solidaridad y la reciprocidad, elementos que combatían la atomización y la disgregación de gran parte de la población rural, que era la situación reinante en el campo, a decir de Martín-Baró.¹⁷

¹⁴ Pedro Juan Hernández y Alfonso Goltla, “La realidad actual del cooperativismo agropecuario en El Salvador”, en Romeo Maeda y Stefan Roggenbuck (eds.), *Situación agraria y cooperativismo en El Salvador*, San Salvador, Imprenta Criterio, 1995, p. 51.

¹⁵ Ignacio Martín-Baró, “De la conciencia religiosa a la conciencia política”, El Salvador, *Boletín de Psicología*, 1985.

¹⁶ Luis Armando González y Luis Ernesto Romano Martínez, *op. cit.*, p. 186.

¹⁷ Ignacio Martín-Baró, “Psicología del campesino salvadoreño”, *Estudios centroamericanos*, núm. 28, 1973, pp. 297-298

En términos generales, las cooperativas agrícolas en El Salvador asumieron la intensificación del uso del suelo y la estandarización de los cultivos en respuesta a sus problemas de mercado y abasto.¹⁸ Su horizonte productivo se acompañó de la tecnología devenida de la revolución verde, aquella en que las semillas híbridas y los insecticidas tomaron los sitios principales. No se consideró la recuperación de semillas nativas o de saberes ancestrales, aunque ciertas preocupaciones ambientales se expresaron,¹⁹ como la degradación de los suelos y la retirada de las especies animales.

El cooperativismo ha acompañado la historia reciente de El Salvador. Su madurez se ubica en la segunda mitad del siglo xx, momento en que confirmó su presencia a través de la articulación entre el Estado, el sector privado y una sociedad civil débil.²⁰ Debido, precisamente, a la flaqueza del tercer sector, la Iglesia ha tenido un papel central en la resolución de demandas y en la búsqueda de alternativas. De este modo, puede pensarse el cooperativismo como un universo en el que distintos actores han contribuido a su mantenimiento y fortalecimiento, expandiéndose más allá de lo estrictamente agrario hacia sectores como el pesquero, lo que también implica contradicciones y conflictos.

Pese a la preeminencia del modelo primario exportador, en El Salvador se vivió un proceso sostenido de descampesinización y proletarización que trató de ser contenido al comienzo de la década de 1980, con una reforma agraria dirigida por un gobierno militar en busca de legitimidad. En el marco de este intento reformista se consolidó el encuentro entre la Iglesia católica y el movimiento cooperativo. Los religiosos tomaron parte de la organización agropecuaria, primero de manera paternalista y asistencialista, y después con base en conceptos como la liberación, en sintonía con el espíritu de la época.

¹⁸ Cecilio García, “El Salvador: cooperativa La Reforma El Manguito. Una experiencia de agricultura alternativa”, en Milton Flores (ed.), *Propuestas campesinas para el desarrollo sostenible: Un recuento sobre experiencias piloto en Centroamérica*, El Salvador, Fundesca, 1995, p. 83.

¹⁹ Alberto Arene, “La nueva estructura de la tenencia de la tierra y la necesidad de una nueva oportunidad al desarrollo agropecuario”, en *Situación agraria y cooperativismo en El Salvador*, *op. cit.*, p. 7.

²⁰ Víctor René Marroquín, “El cooperativismo agrario y pesquero salvadoreño ante el nuevo milenio”, *Realidad y reflexión*, núm. 6, 2002, p. 104.

En el momento en que se amplió la reforma agraria, el país se encontraba en una guerra civil. Desde 1979 esta guerra incorporó gran parte de la fuerza de trabajo masculina en ejércitos regulares e irregulares, lo que dio pie al ascenso de las mujeres en el trabajo cooperativo,²¹ si bien no necesariamente asumieron espacios de dirección, sino que se mantuvieron como socias, pues la acción cooperativa es multilínea, cubre espacios diversos, ocupa a sujetos distintos y responde tanto a una dirección “desde arriba”, articulada por el Estado, como a una organización “desde abajo” que busca la protección de la sociedad.

EL MAÍZ HÍBRIDO COMO MOTOR PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Una de las vías de inserción de la revolución verde en Centroamérica fue el Programa Cooperativo Centroamericano para el Mejoramiento del Maíz (PCCMM), fruto de la colaboración entre la Fundación Rockefeller y los gobiernos de Costa Rica, Panamá, Honduras, Nicaragua y El Salvador. Desde su fundación en 1954, el PCCMM asumió tres objetivos primordiales. El primero fue obtener, mediante el cultivo y la selección, líneas “superiores” de maíz en cuanto a su rendimiento y resistencia a enfermedades. El segundo consistió en reunir muestras para hacer estudios genéticos sobre el maíz, cuyo propósito era desentrañar los orígenes de su diversificación. El tercero fue ofrecer becas para tomar cursos técnicos y de posgrado, que la Fundación Rockefeller otorgó a estudiantes recién graduados o al personal de las dependencias agrícolas. Los trabajos experimentales del PCCMM arrancaron con ensayos de rendimientos uniformes, asequibles al análisis estadístico. Este enfoque relegó el estudio de los aspectos circundantes a la biología del maíz relacionados con sus usos comunitarios, como la construcción de la memoria y la experiencia del territorio. Como era de suponerse, no hubo una valoración positiva de las prácticas campesinas indígenas y no se dedicaron esfuerzos a indagar en ellas ni a comprenderlas.²²

En 1955, Guatemala se sumó al PCCMM a través del Instituto Agropecuario Nacional. Su incorporación dependió, en gran medida, de las

²¹ María Candelaria Navas, “Mujer cooperativista en El Salvador”, en *Situación agraria y cooperativismo en El Salvador*, *op. cit.*, p. 85.

²² Diana Alejandra Méndez Rojas, “El Programa Cooperativo Centroamericano para el Mejoramiento del Maíz”, *op. cit.*

gestiones del ministro de Agricultura Lázaro Chacón Pazos, hijo del entonces expresidente Lázaro Chacón González, ya fallecido. La entrada de Guatemala al PCCMM respondió a un doble interés de la Fundación Rockefeller. Por un lado, el hecho correspondió con el afianzamiento del intervencionismo estadounidense tras el golpe militar contra el gobierno democráticamente electo de Jacobo Arbenz; por otro lado, la fundación buscó tener acceso al vasto reservorio genético del maíz, pues Guatemala y México disponían de la mayor diversidad de razas.²³

El PCCMM operó a través de la integración de un plan regional centroamericano, con planes nacionales para cada miembro. El acuerdo regional comprometió a los socios a disponer de una estación experimental y a administrar otras ligadas a su proyección nacional, con la finalidad de exponer los materiales a distintos entornos, una condición para el desarrollo de los híbridos. De este modo, cada plan nacional apoyó la multiplicación de semillas, priorizando las variedades mejor adaptadas a su país. También fue obligatorio hacer al menos una reunión anual del programa en cada nación y que cada socio destinara personal al trabajo exclusivo sobre el maíz.²⁴

Para cumplir con estas tareas, los ministerios de agricultura se enlazaron con universidades y centros de investigación, los más importantes fueron la Universidad de San Carlos (Guatemala), el Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá (Guatemala), la Universidad Nacional de Costa Rica, la Escuela Agrícola Panamericana (Honduras), el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA) y la Dirección de Investigaciones Agropecuarias (El Salvador).

Si bien los lineamientos generales dieron forma a las pautas del trabajo regional, los actores responsables de instrumentar cada plan nacional se apropiaron bajo distintos términos de la tecnología de la revolución verde. En el caso de El Salvador, la trayectoria del PCCMM fue mediada por el movimiento cooperativo y la doctrina social de la Iglesia católica. Este rumbo,

²³ Diana Alejandra Méndez Rojas, "Maize and the Green Revolution: Guatemala in the Global Context of Agricultural Research, 1954-1964", *Ciencia nueva: Revista de historia y política*, vol. 3, núm. 1, 2019.

²⁴ Breeding Superior Strains of Corn for the Lowlands of Central America, Rockefeller Archive Center (en adelante, RAC), Rockefeller Foundation (en adelante, RF), Collection, RG 6.13, Serie 1.1 E, caja 13, folder 150.

inédito en la región, constituye una innovación en la apropiación de los principios de la revolución verde, dirigiéndolos decididamente hacia fines comunitarios y no exclusivamente comerciales. En el transcurso, se unieron religiosos, técnicos, campesinos y cooperativistas.

Sensibilizado ante la situación de la población rural salvadoreña, el padre José Romeo Maeda lideró en la década de 1950 la creación de cooperativas de crédito agrícola. Su trayecto muestra su interés en el cooperativismo desde distintas aristas. Maeda nació en 1927 en San Rafael de los Cedros, un poblado con menos de diez mil habitantes, considerado una zona de alta marginación. En la villa vecina de Cojutepeque, el joven Maeda cursó la educación básica en una escuela parroquial, a lo que siguió su ordenamiento en un seminario ubicado en San José de la Montaña, al poniente de la capital del país.

Como religioso, tuvo la oportunidad de formar parte del III Congreso Católico de Vida Rural en Panamá convocado en 1955. En este espacio se animó la formación de cooperativas como medio para afrontar y combatir la pobreza del campesinado latinoamericano. Para dar sustento a este propósito, se dispuso la realización de un taller cooperativo presidido por personas ligadas al Movimiento Antigonish. En aquella experiencia, surgida en la década de 1920 en Nueva Escocia, Canadá, se creó un programa dedicado a obreros, agricultores, pescadores y leñadores que combinó la extensión universitaria, la educación de adultos, las cooperativas, los clubes de estudio y la acción social de clérigos católicos.²⁵ Se trató de una teoría práctica fundada en los siguientes preceptos: la primacía de las personas, llevar a cabo la reforma social por medio de una educación que iniciara en lo económico y se realizara mediante la acción de grupo, la apuesta por una reforma social efectiva que implicara cambios fundamentales en las instituciones sociales y económicas, y la vida plena y abundante de cada miembro de la comunidad como meta máxima del movimiento.²⁶

Maeda fue receptivo ante estos planteamientos y en 1955 contribuyó a fundar la primera cooperativa de crédito agrícola en San Salvador y de otra más en Comasagua en 1956. La meta de ambas fue favorecer el ahorro de sus socios y gestionar créditos para invertir en el incremento de los rendi-

²⁵ Moses Michael Coady, *Dueños de su propio destino: Significado social del cooperativismo*, Ciudad de México, Caja Popular Mexicana, 2005.

²⁶ *Ibid.*

mientos agrícolas y que estos se integraran al circuito comercial. Poco después, Maeda complementó su formación en el cooperativismo con un año de estudio en Nueva Escocia,²⁷ muy probablemente en el Instituto Internacional de la Universidad de San Francisco Javier, un centro que favoreció la irradiación del Movimiento Antigonish hacia América Latina.²⁸

A su retorno en 1962 a El Salvador, Maeda se involucró activamente en la creación de nuevas cooperativas con el apoyo de la Iglesia católica y el Ministerio de Agricultura y Ganadería. Fue a través del Ministerio que el padre Maeda conoció a Jesús Merino Argueta, colaborador del PCCMM, con quien inició una fructífera colaboración que impulsó el desarrollo de cooperativas de producción.²⁹

Merino, originario de Tecoluca y perteneciente a una familia indígena, completó su educación básica en El Salvador y cursó un año de la carrera de Ingeniería Agrícola en la Escuela Nacional de Agricultura de México.³⁰ Aunque no poseía el título, para 1957 contaba con diez años de experiencia en la experimentación con el maíz en distintas áreas del Ministerio. En 1958, en el marco de las actividades del PCCMM, Argueta recibió una beca de la Fundación Rockefeller para completar una capacitación técnica de tres meses en el Programa Agrícola Colombiano (similar al centroamericano).³¹ Esta oportunidad le permitió profundizar su conocimiento sobre el proceso de generación de maíces híbridos a partir del uso de técnicas de cruces simples, es decir, la conformación de variedades fértiles de polinización abierta.³²

Maeda y Merino compartían una visión: para mejorar las condiciones económicas y sociales de los campesinos era necesario aumentar la producción agrícola mediante cooperativas comprometidas con el bienestar integral. También consideraban que las semillas experimentales eran el vehículo más rápido para incrementar los rendimientos. Con estas ideas en mente, promovieron la creación de la primera cooperativa de producción agrícola en 1963, con 98 socios que sumaron sus esfuerzos al cultivo de maíz híbrido.

²⁷ John A. Pino, "A Brief History of the Foundation for the Development of Cooperatives in El Salvador", RAC, John A. Pino Papers, caja 12, fólger 115.

²⁸ M.M. Coady, *op. cit.*

²⁹ J.A. Pino, *op. cit.*

³⁰ Base de datos Rockefeller Fellows as Heralds of Globalization 1920s-1970s.

³¹ *Ibid.*

³² *Ibid.*

Durante su primer ciclo agrícola reportaron rendimientos de cuatro toneladas por hectárea, por lo menos el doble de lo habitual.³³

El origen de este maíz fueron los trabajos regionales del PCCMM, que cruzó variedades provenientes de diversos puntos del continente, sobre todo del material recolectado en México, Guatemala y Colombia. Las principales líneas salvadoreñas, en cuya creación participó activamente Merino, recibieron los nombres de H-1, H-2 y H-3. Gracias a él, estas semillas estuvieron disponibles para los cooperativistas; al respecto, ayudó que Merino no fuera el representante principal de su país en el PCCMM. Las simientes fueron sembradas en El Salvador, pero también se enviaron al resto de los países centroamericanos y a México para medir sus rendimientos, pues el intercambio de materiales fue una constante entre los programas financiados por la Fundación Rockefeller.

Como tendencia general, las semillas que surgieron de la revolución verde beneficiaron al sector empresarial, que buscó afianzar mercados competitivos o abrir nuevos. En contraste, el caso salvadoreño resulta significativo porque la gestión cooperativa permitió que esta tecnología tuviera canales de administración campesina, que se apropió de las nuevas variedades en su beneficio. Aunque eso no impidió que el maíz también fuera ofertado por compañías semilleras con presencia en El Salvador, como sucedió con el maíz H-3, vendido por Agrocomercio y G. Farrar Hijo.³⁴

Para 1965, en El Salvador se habían formado un total de veintinueve cooperativas, con cinco mil socios, repartidas en diferentes departamentos.³⁵ Recibieron asesoría técnica 541 cultivadores agrupados en siete cooperativas que sembraron un total de 338 manzanas.³⁶ Lograron trabajar un estimado anual de mil quinientas hectáreas de maíz híbrido de la variedad H-3,³⁷ y este fue el primer ciclo de extensión generalizada del cultivo de híbridos dirigidos al consumo local.

³³ J.A. Pino, *op. cit.*

³⁴ "Atención agricultores", *La Prensa Gráfica*, 5 de abril de 1967.

³⁵ José Merino Argueta, "Fomento del uso de semillas mejoradas de maíz a través de cooperativas parroquiales en El Salvador", en *Programa Cooperativo Centroamericano para el Mejoramiento de Cultivos Alimenticios*, PCCMCA, Panamá, 16-19 marzo 1965, Ciudad de Panamá, PCCMCA, 1965.

³⁶ *Ibid.*, una manzana es equivalente a 0.6988 hectáreas.

³⁷ J.A. Pino, *op. cit.*



FIGURA 1. Miembros de la cooperativa La Paz en conversación con José Romero Maeda (de lentes oscuras), La Paz, 1972. Fuente: RAC, John A. Pino Papers, caja 15, fólder 163.

En 1967, con la intención de favorecer la coordinación entre las cooperativas, Maeda y Merino apoyaron la creación de la Fundación Promotora de Cooperativas (Funprocoop), que estableció sus oficinas en la capital y contó con el reconocimiento del gobierno.³⁸ Al paso de algunos años, Funprocoop asumió el lema “por la superación económica y social del movimiento cooperativo”.³⁹ Las cooperativas asociadas a Funprocoop lograron sostenerse económicamente con la venta de maíz y semillas tanto a socios como a clientes que no lo eran; además, recibieron donaciones de organizaciones religiosas europeas y de instituciones estadounidenses, como la Fundación Rockefeller y la Fundación Ford⁴⁰ (figura 1).

³⁸ Barry Schuman y Michael Nelson, “Potential for Foundation Support to the Promotora de Cooperativas (FPC) y Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) in El Salvador”, RAC, Ford Foundation Records, núm. de identificación 009342.

³⁹ “Pronunciamento de la Fundación Promotora de Cooperativas (Funprocoop), ante la actual crisis económica por la que atraviesa el movimiento cooperativo”, *Estudios Centroamericanos*, núm. 393, julio de 1981.

⁴⁰ B. Schuman y M. Nelson, *op. cit.*

El fortalecimiento económico y organizativo permitió que los socios se fijaran nuevas metas, que buscaban atender aspectos integrales en cuatro fases. La primera fue la inclusión del cultivo del frijol y el arroz para diversificar la producción. La segunda se enfocó en el mejoramiento del índice nutricional de los socios mediante la producción de alimento concentrado para cerdos y pollos, que eran criados en un sistema familiar que sostenía un par de porcinos y algunas aves. La tercera se abocó al establecimiento de una planta certificadora de semilla, pues el avance de las labores agrícolas dependía de asegurar el abasto de híbridos, que eran más baratos si se producían localmente en lugar de comprarlos en el extranjero. La cuarta misión fue la conformación de la Escuela Práctica de Agricultura. Las cuatro fases se desarrollaron en una finca de trescientas hectáreas en Chalatenango que la Funprocoop adquirió y rehabilitó en 1969. En este departamento el PCCMM mantenía actividad significativa.⁴¹

La Escuela Práctica de Agricultura se fundó en 1970. Sus programas duraban entre uno y tres meses. Los socios de las cooperativas, tanto hombres como mujeres, tomaban cursos que los capacitaban en las prácticas agrícolas propias de la revolución verde y estudiaban los problemas agrarios del país; el programa se complementaba con clases sobre los principios cooperativos y la doctrina religiosa.⁴² La formación de los alumnos tenía tres dimensiones: la agrícola, la cooperativista y la católica. Al respecto, Joaquín Chávez dice que la unión de estas dimensiones permitió la capacitación de agrónomos dedicados a su propia liberación.⁴³

Según Funprocoop, en 1970 ya contaba con 11 500 socios tanto en el medio rural como en el urbano, y para 1972 su membresía había aumentado a 12 430.⁴⁴ Aunque estas cifras son importantes y posicionan a la organización como una fuerza dinámica, los esfuerzos cooperativistas estaban lejos de absorber al creciente número de campesinos desocupados. No obstante, en departamentos como Chalatenango, el antecedente de la unión

⁴¹ José Roberto Salazar, *Estudio de fertilización en maíz*, boletín técnico núm. 50, Ministerio de Agricultura y Ganadería, Dirección General de Investigación y Extensión Agropecuaria, s. f.

⁴² J.A. Pino, *op. cit.*

⁴³ Joaquín Chávez, *Poets and Prophets of the Resistance: Intellectuals and the Origins of El Salvador Civil War*, Nueva York, Oxford University Press, 2017.

⁴⁴ E.J. Arriola, *op. cit.*, p. 63.

cooperativa y religiosa fortaleció la organización comunitaria, que a su vez posibilitó la emergencia de agrupaciones campesinas con medios y reivindicaciones más amplios, como la demanda de tierra y crédito, el mejoramiento general de las condiciones de trabajo y la oposición a obras hidráulicas que afectaban su propiedad.⁴⁵

La guerra civil que asoló a El Salvador entre 1979 y 1992 llevó al cierre de la Escuela Práctica de Agricultura y a la disgregación de la Funprocoop. En 1981 esta organización denunció que no se le permitía tener una verdadera incidencia en la toma de decisiones orientadas al sector cooperativo, sobre todo en lo referente a la gestión de tierras, pues el cooperativismo es una forma democrática de unión de los trabajadores para la defensa de sus intereses y la solución de sus problemas.⁴⁶ De acuerdo con su diagnóstico, muchas cooperativas agropecuarias no tenían terrenos para labor ni concesiones adecuadas para la compra de insumos agrícolas, cuyos costos habían aumentado en 35 por ciento.⁴⁷ Además, denunciaban la represión y el asesinato de líderes cooperativistas.⁴⁸ Tras la firma de los acuerdos de paz, la Funprocoop se reconfiguró, y a la fecha se mantiene activa, lo que corrobora la resiliencia de esta forma de gestión del trabajo.

AGRONOMÍA Y EXPERTICIA

El arraigo de la revolución verde en El Salvador tuvo su correlato en la profesionalización de la agronomía, que encontró apoyo en algunas transformaciones institucionales. En 1943 se creó, bajo el cobijo del Ministerio, el Centro Nacional de Agronomía (CNA), resultado de un acuerdo con el Departamento de Agricultura de Estados Unidos. En 1956 el CNA se transformó en el Servicio Cooperativo Agrícola Salvadoreño-Americano (SCASA), que hizo una de sus prioridades la difusión de maíz híbrido en el marco del PCCMM. Desde 1960, el aparato organizativo del SCASA fue asignado a la Dirección General de Investigaciones Agronómicas a cargo del Ministerio,

⁴⁵ J. Chávez, *op. cit.*

⁴⁶ "Pronunciamiento de la Fundación Promotora de Cooperativas (Funprocoop), ante la actual crisis económica por la que atraviesa el movimiento cooperativo", *Estudios Centroamericanos*, núm. 393, julio de 1981.

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ *Ibid.*



FIGURA 2. Jesús Merino Argueta recibe la medalla de oro al mérito de manos de Henry A. Wallace, vicepresidente y exsecretario de Agricultura de Estados Unidos. Lo acompañan, de derecha a izquierda, William Popenoe, director de la Escuela Agrícola Panamericana, Honduras, y Mario Andrés Sol, titular del Ministerio de Agricultura y Ganadería de El Salvador. *Fuente: Agricultura en El Salvador*, año 4, núm. 6, noviembre-diciembre de 1963.

que en 1968 se fusionó con la Dirección de Extensión Agrícola para integrar la Dirección General de Investigación y Extensión Agrícola.⁴⁹

En cuanto a estos cambios, resulta ilustrativa la trayectoria de Merino, quien formó sus conocimientos sobre el maíz en instituciones que formalizaron la investigación y la enseñanza agronómica en El Salvador.⁵⁰ En el cargo de técnico genetista de la Dirección General de Investigaciones Agronómicas, Merino recibió en 1963, por iniciativa del Ministerio, una medalla y un diploma al mérito de manos de Henry A. Wallace, vicepresidente de Estados Unidos. Wallace había sido secretario de Agricultura de su país y además era dueño de Pioneer Hi-Bred Corn Company, una de las empresas de venta de semillas híbridas más rentables (figura 2). En la ceremonia también estuvieron presentes William Popenoe, director de la Escuela Agrícola Panamericana, y Mario Andrés Sol, titular del Ministerio. En este acto se reconoció a Merino por sus conocimientos, experiencias y

⁴⁹ “25 años dedicados al progreso de la agricultura, 1943 a 1968”, *Agricultura en El Salvador*, año 8, núm. especial conmemorativo del XXV aniversario del CNA, junio de 1968.

⁵⁰ “Empleados fundadores que trabajan en el CNA”, *Agricultura en El Salvador*, *op. cit.*

esfuerzos para el mejoramiento y la hibridación del maíz blanco y amarillo, útil tanto para la alimentación humana como para la preparación de forrajes y otros fines industriales.⁵¹ No fue casualidad que Wallace fuera convocado por el Ministerio para galardonar a Merino, pues en el discurso oficial del Ministerio se emparentó la trayectoria de ambos en razón del desarrollo de híbridos con potencial comercial.⁵² Llama la atención que no se mencionara la actividad cooperativista y el compromiso social de Merino, muy probablemente porque estos aspectos no engrazaban con la imagen de un científico internacional.

Cuatro años después, una elogiosa nota en *La Prensa Gráfica* remarcó la trascendencia de la condecoración conferida por Wallace a Merino en términos del reconocimiento a su labor como gestor del intercambio agronómico entre los programas financiados por la Fundación Rockefeller en México y Centroamérica, y más específicamente de su contribución al arraigo en El Salvador de los maíces Venezuela 3, H-1, H-2, H-3, H-4 y H-5.⁵³ Lo más importante de la nota, sin embargo, fue que presentó a Merino como un experto internacional que no requería de títulos avanzados para ser reconocido como tal:

Existe en el país una persona muy humilde que no ostenta ningún título universitario, ni se conocen muchos libros y artículos publicados por él, sin embargo, es el más grande investigador en lo que al maíz se refiere, su nombre: Jesús Merino Argueta, residencia Santa Tecla.

Este artículo no destaca a Merino Argueta con el propósito de que los lectores crean que fue el único hombre con méritos en la investigación, sino para resaltar sus cualidades como investigador. Mientras que algunos únicamente llegaron a aprender y enseguida se fueron a otros trabajos por tan solo cincuenta colones de aumento, Merino Argueta, sin importarle más que su trabajo y aunque se sacrificara en lo económico, permanece después de dieciocho años trabajando para aumentar los rendimientos de nuestro principal alimento: el maíz.⁵⁴

⁵¹ Carlos Cornejo Espino, "Estímulo a técnico de la DGIA", *Agricultura en El Salvador*, año 4, núm. 6, noviembre-diciembre de 1963.

⁵² *Ibid.*

⁵³ "Santa Tecla cuenta con técnico en maíz", *La Prensa Gráfica*, 29 de abril de 1967.

⁵⁴ *Ibid.*

En efecto, la trayectoria de Merino era sobresaliente porque en la década de 1960 la instrucción agrícola superior en El Salvador se encontraba en proceso de consolidación. Aunque existía la carrera de Ingeniero Agrónomo en la Universidad de El Salvador, el grueso del estudiantado continuaba formándose en programas técnicos. Para 1965, de la Escuela Nacional de Agricultura se graduó la octava generación de peritos agrícolas, conformada por 39 individuos, quienes completaron un programa de tres años de duración.⁵⁵ Los alumnos más destacados tanto a nivel licenciatura como técnico contaban con becas de distinta procedencia para continuar sus estudios en el extranjero.⁵⁶ Además, se hacían intercambios con países cercanos como México y tan lejanos como Japón.⁵⁷ En 1967 se fundó la primera agrupación gremial profesional bajo el nombre de Asociación Salvadoreña de Profesionales Agrícolas Universitarios.⁵⁸

En este contexto, la figura de Merino resaltó por haber merecido un reconocimiento internacional sin tener un título profesional, lo que corrobora la trascendencia de los vínculos creados a partir del PCCMM y la visibilidad de su investigación sobre el maíz, incluso aunque la prensa la desligara de su compromiso social con los cooperativistas.

En cuanto a la política dirigida al campo, es necesario mencionar que en el recambio de la década de 1960 a la de 1970 persistió el discurso de “no dejar un metro cuadrado de tierra sin cultivar” en la planeación del Ministerio de Agricultura y Ganadería.⁵⁹ Al respecto, se consideró en primer lugar a los productos de exportación y en segundo lugar, a los de consumo básico, es decir, el maíz, el maicillo, el frijol y el arroz.⁶⁰ En el caso concreto

⁵⁵ Héctor David Martínez, “8ª Promoción de peritos agrícolas de la ENA”, *Agricultura en El Salvador*, año 6, núm. 4, 5 y 6, julio-diciembre de 1965.

⁵⁶ *Ibid.*, “Primera beca agrícola da Shell a ingeniero”, *La Prensa Gráfica*, 3 de abril de 1967.

⁵⁷ Carlos Cornejo Espino, “Fraternidad y aprovechamiento durante la 5ta Concentración Nacional de Clubes 4-C e Intercambio de Juventudes Rurales del Istmo y México”, *Agricultura en El Salvador*, año 4, núm. 6, noviembre-diciembre de 1963; Carlos Cornejo Espino, “Misión universitaria japonesa visitó la ENA”, *Agricultura en El Salvador*, año 5, núm. 2, marzo-abril de 1964.

⁵⁸ “Fundan su asociación los profesionales agrícolas”, *La Prensa Gráfica*, 26 de abril de 1967.

⁵⁹ “Editorial”, *Agricultura en El Salvador*, año 10, núm. 1, mayo-junio de 1970.

⁶⁰ *Ibid.*

del maíz, la expectativa optimista era producir 7 000 000 qq, una meta ligada al “deber patriótico de la política de Estado”.⁶¹

Estas aspiraciones se combinaron con prácticas dirigidas a incidir de manera general en la cotidianidad rural. Por ejemplo, se desplegaron agentes de economía doméstica que incorporaban directrices sobre el cultivo de autoconsumo y la preparación de alimentos en una dieta fundada en nociones nutricionales e higienistas.⁶² Estos procedimientos ubicaron a la técnica en el centro del debate porque, de acuerdo con el diagnóstico gubernamental, El Salvador alcanzaba solamente una tercera parte de su potencial agrícola.⁶³ Lo frenaban las limitaciones técnicas y la imposibilidad de extender la frontera agrícola en un territorio muy acotado.⁶⁴

Con el paso del tiempo, el horizonte productivo de la revolución verde le dio ímpetu al cultivo del frijol y la actividad ganadera, esta última a partir del reemplazo de pastos y su administración científica.⁶⁵ También resaltan las prácticas regulatorias sobre el uso intensivo de insecticidas para el manejo de plagas en productos de exportación, como el algodón,⁶⁶ porque se les consideraba responsables de la muerte de numerosas especies de aves.⁶⁷ A la vez, se emplazó un combate químico sistemático contra el zompopo,

⁶¹ *Ibid.*

⁶² Ada Estelí Guevara de Hernández, “La agente de economía doméstica enseña a la familia campesina a vivir mejor”, *Agricultura en El Salvador*, año 10, núm. 1, mayo-junio de 1970; Leonor Paz Díaz, “Mejoramiento de la vivienda campesina”, *Agricultura en El Salvador*, año 11, núm. 1, enero-abril de 1971.

⁶³ “La producción de alimentos. Discurso pronunciado por el Ministro de Agricultura y Ganadería, Cnel. y el Dr. Roberto Escobar García en la XXI Reunión del PCCMCA”, *Agricultura en El Salvador*, año 14, núm. 2, mayo-julio de 1975.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Virgilio Abraham Cortés, “Administración y cuidado de los pastos”, *Agricultura en El Salvador*, año 5, núm. 2, marzo-abril de 1964; Claud L. Horn, “Avances en el mejoramiento del frijol”, *Agricultura en El Salvador*, año 9, núm. 1, enero-febrero de 1969; César Artiga Galarza, “Informe sobre los trabajos de investigación en pastos en El Salvador”, *Agricultura en El Salvador*, año 9, núm. 2, marzo-abril de 1969; Enrique Álvarez Córdova, “El Salvador puede y debe ser un país ganadero”, *Agricultura en El Salvador*, año 11, núm. 1, enero-abril de 1971; Ángel Uriel Chacón, “Organización y asistencia técnica en dos departamentos frijoleros de El Salvador”, *Agricultura en El Salvador*, año 11, núm. 1, enero-abril de 1971.

⁶⁶ “Regulaciones para el uso de insecticidas mediante el sistema Ultra Bajo Volumen”, *Agricultura en El Salvador*, año 10, núm. 1, mayo-junio de 1970.

⁶⁷ Óscar A. Corea, “Es urgente intensificar la agricultura”, *La Prensa Gráfica*, 14 de abril de 1967.

un tipo nativo de hormiga que, en su proceso reproductivo, corta las hojas de las plantas de interés agrícola.⁶⁸ Se promovió, además, una rotación de cultivos para disponer de más cosechas por ciclo anual, acción que se apoyó en sistemas de almacenamiento de maíz en trojes, es decir, sin electricidad,⁶⁹ así como en métodos de control de malezas nocivas como el coyolillo.⁷⁰

REFLEXIONES FINALES

La experiencia de El Salvador permite dar forma a una narrativa de la revolución verde que recupera las acciones de una diversidad de grupos, como los religiosos, los agrónomos, los campesinos y los cooperativistas, situando en un plano menos preponderante a los agentes gubernamentales y a las fundaciones filantrópicas estadounidenses. En la construcción colectiva de una historia latinoamericana de la revolución verde, el capítulo salvadoreño brinda evidencia de las múltiples apropiaciones de sus lineamientos.

Este caso comprueba el dicho de que “lo pequeño es hermoso”. El vínculo entre El Salvador y la revolución verde es el de la excepción que confirma la tendencia por otras vías. Si bien el modelo que mecanizó la agricultura e intensificó los rendimientos fue el de una agroindustria dependiente de los combustibles fósiles, este se logró, en gran medida, por la puesta en marcha de otros formatos que incluyeron sociabilidades distintas. En efecto, la excepción salvadoreña confirma las posibilidades de otra historia de la revolución verde, de otras revoluciones verdes, en las que el conocimiento especializado, la productividad, la comunidad y la producción se tejieron de manera contraria a lo esperado (figura 3).

La unión de la organización cooperativa y la religiosidad católica también expresan la variedad de las derivas de la revolución verde en el ámbito local. Los cooperativistas se apropiaron de la técnica vinculada al mejoramiento

⁶⁸ “Harán campaña para eliminar el zompopo”, *La Prensa Gráfica*, 14 de abril de 1967.

⁶⁹ José Abilio Orellana, “Secamiento de maíz en mazorca”, *Agricultura en El Salvador*, año 10, núm. 2, julio-agosto de 1970.

⁷⁰ Ernesto Navarrete Azurdia, Mario R. González Perla y José Guadalupe L. García, “Control del coyolillo en el cultivo de maíz”, *Agricultura en El Salvador*, año 10, núm. 3, septiembre-diciembre de 1970; J. Guadalupe L. García, Juan Ramón Uriarte A. y César Augusto Cruz U., “Recomendaciones para controlar el coyolillo en los cultivos de maíz y frijol”, *Agricultura en El Salvador*, año 11, núm. 3, septiembre-diciembre de 1971.



FIGURA 3.
Participación de las familias de los cooperativistas en la preparación de la semilla del híbrido H-3, 1972. Fuente: RAC, John A. Pino Papers, caja 15, fólter 163.

genético y del paquete de insumos químicos con la aspiración de transformar su forma de vida en el ámbito doméstico y comunitario. Al respecto, puede decirse que, si bien en algunos sitios cierto tipo de religión ha sido instrumentalizada para legitimar la explotación social, en otros lugares sus prácticas han devenido en un referente contra la opresión y a favor de la desalienación.⁷¹ ❧

⁷¹ I. Martín-Baró, *op. cit.*